

Ugo Pipitone, *La salida del atraso: un estudio histórico comparativo*, México, FCE/CIDE, 1994, 471 p.

Juan Antonio Le Clercq

Italo Calvino afirmaba que hay libros cuya importancia radica en que es mejor haberlos leído que no haberlo hecho. El caso de *La salida del atraso* se ubica dentro del criterio de Calvino: estamos ante una obra que vale la pena leer, lo cual no puede decirse de todo libro hoy en día.

Lo interesante de este texto es que nos propone adentrarnos en el estudio de un tema que ha sido largamente discutido por diversas perspectivas de la economía, la sociología, la ciencia política, la historia, la filosofía política y desde la particular visión de la narrativa. Pero al margen de la literatura existente sobre la relación desarrollo-subdesarrollo, Pipitone todavía tiene algo que decir: un mensaje fresco, una crítica original.

¿En qué radica la frescura y la originalidad de su análisis? En el fondo es sencillo: en atreverse a hacer una lectura del desarrollo independiente de los lugares comunes y de las interpretaciones doctrinarias dominantes, provengan del polo ideológico

del que provengan. En oposición, Pipitone asume su investigación desde una perspectiva bastante ignorada, como es la historia: "Este libro nace de la insatisfacción frente al excesivo consenso que en estos años domina el escenario mundial a propósito de los temas del desarrollo económico. Siempre brota algo rígido y vagamente amenazante de la uniformidad de las ideas cuando produce estructuras de pensamiento y paradigmas de acción aparentemente indiscutibles... La excesiva confianza en la política o el mercado tienen algo en común: suspenden la observación de la historia y la convierten en un territorio informe de casos particulares" (p. 11).

Asumir el reto de la historia, siempre que sea una lectura crítica de ésta, lleva consigo también profundos riesgos: ante los ojos de la historia nuestros modelos teóricos se convierten en una interpretación más de la realidad; una posición ante el devenir de las sociedades humanas que sólo podrá ser incompleta y que estará

condicionada por nuestro lugar en el mundo y frente a las ideas. Recordando a Raymond Aron: "los valores o los intereses a que se refiere el conocimiento histórico no tienen validez universal: varían con las épocas. Justifican así la fórmula ya clásica: cada sociedad tiene su historia y la reescribe en la medida en que ella misma cambia" (*Dimensiones de la conciencia histórica*, México, FCE, 1992, p. 19).

Asumir el reto de *enfrentar* la historia, es arrancarse la camisa de fuerza de los dogmas y paradigmas deterministas. La historia, por el contrario, debe ser entendida como una aventura fascinante pero peligrosa: la historia implica caminar constantemente entre la esperanza y el desencanto, entre la necesidad de leer en el pasado el porvenir y el deseo nostálgico por edades de oro perdidas.

Pipitone decide enfrentar el reto de la historia: en su visión no hay fórmulas mágicas o recetarios de cocina que nos puedan llevar de una vez y para siempre al desarrollo. Por el contrario, estamos frente a ricas y complejas energías sociales y culturales que, en un momento dado, fueron capaces de transformar estilos de vida, necesidades y jerarquías sociales haciendo posible una empresa histórica maravillosa: el capitalismo europeo.

¿Cómo surgieron y se desarrollaron este tipo de energías? Partiendo de que pudiéramos encontrar una respuesta suficiente y de que identificáramos claramente los factores y condicionantes que gestaron el capitalismo, ¿es posible trasplantar con éxito este complejo mecano de ener-

gías y relaciones sociales a cualquier lugar del mundo? En otras palabras, ¿sembrando capitalismo necesariamente cosechamos desarrollo?

Para responder a preguntas de este tipo, Pipitone identifica dos tipos de realidad que hay que tener en cuenta y que él estudia desde una perspectiva comparada:

1) El atraso. Las sociedades que comparten la experiencia histórica europea (Italia, Suecia, Dinamarca), pero que sólo logran romper muy tardíamente con las inercias sociales que imposibilitaban el cambio y que las marginaban de las ventajas del avance de la técnica, la industria y el comercio. La clave del éxito de estas naciones está, por una parte, en el fortalecimiento de las estructuras agrarias para que puedan ser capaces de adaptarse a las relaciones de producción; en este mismo sentido, un segundo factor es el Estado y sus instituciones y, en especial, el papel de éste para activar las energías sociales adormiladas. Otro caso de salida del atraso lo representa Japón, el cual sería un ejemplo sumamente interesante de desarrollo fuera del contexto europeo.

2) El subdesarrollo. Experiencia radicalmente diferente y, por mucho, más compleja: estamos frente a la interacción entre modernidad y arcaísmo, un híbrido histórico atrapado "entre la expansión del mercado y el dualismo estructural, entre urbanización acelerada y abandono productivo de amplias áreas del territorio, entre clases medias modernas y subempleo crónico" (p. 441). Sociedades donde la

modernidad irrumpe sin ser pauta dominante; donde múltiples tradiciones premodernas persisten, pero desgarradas por las contradicciones de la industrialización. También en sociedades donde el proceso de construcción del Estado ha sido largo, doloroso e incompleto y las estructuras agrarias son eternamente débiles y se convierten en sinónimo de atraso y marginación.

En estas circunstancias, ¿es posible el desarrollo? Para las sociedades atrasadas, el desarrollo respresenta un cálculo posible. ¿Lo es para el subdesarrollo? La síntesis y moraleja del asunto no es precisamente optimista: "un presente bloqueado entre un arcaísmo improponible (sino como forma de nostalgia hacia purezas y armonías perdidas) y una modernidad global inviable" (p. 443).

Habría que hacernos también otra pregunta, ¿puede todo el mundo ser desarrollado?, ¿qué, a fin de cuentas, no son escasos los recursos económicos y naturales? Estamos ante una historia trágica: el fracaso continuo de planes y programas de desarrollo y su correspondencia con la injusticia, la pobreza, la marginación, la devastación del medio ambiente, etc., y por

otra parte, la cada vez más clara imposibilidad de que todo el mundo alcance los estándares de desarrollo. ¿Qué hacer?

El desencanto de Pipitone lo lleva a evadir respuestas autocomplacientes y le plantea un problema complejo: imaginar nuevos modelos de desarrollo que tengan como fundamento una reivindicación del individuo y también un sentido de comunidad y de responsabilidad con el medio ambiente.

En el fondo, Pipitone es más filósofo que economista: un hombre preocupado por su época y que, como tal, busca encontrar un poco de sentido entre el caos. De tal modo, su lectura es cercana a una filosofía de la historia no determinista. Su preocupación es retomar la historia dejando atrás la tiranía del dato por el dato mismo y se adentra en la historia asumiendo la gran aventura del hombre, la gran aventura en tanto están en juego los valores fundamentales de nuestras sociedades: justicia, igualdad, libertad... política. Pipitone está lanzando un reto abierto: aspirar a pensar una sociedad, si bien no la *ideal*, sí una que sea menos injusta. Habría que retomar este reto.